

# LA FAMILIA

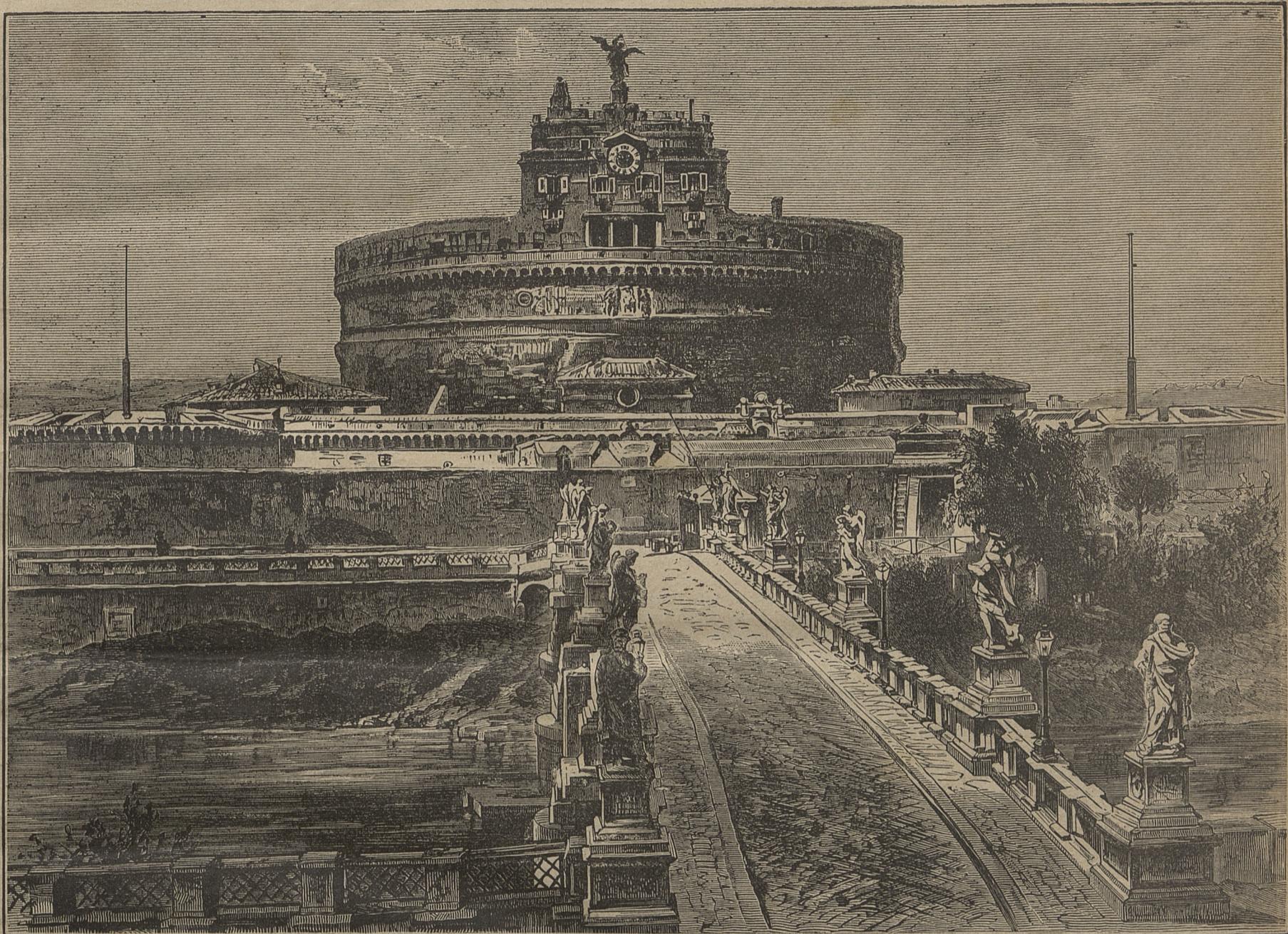
PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1890

NÚM. 2



EL CASTILLO DE SAN ANGELO

SUMARIO.—NUESTROS GRABADOS.—AGRADECIMIENTO, por *La Redacción*.—CARTA PARIENSE, por *Ambrosina C.*—REVISTA DE MODAS, por *Olive Harper*.—FLOR DE LORITO, por *Fulbert Dumonteil*.—EL FONÓGRAFO Y LA TAQUIGRAFÍA.—LA MÚSICA DE WAGNER, por *Julio Grande*.—LOS ÁRBOLES FRUTALES Y EL SULFATO DE HIERRO.—CARTAS JAPONESAS (carta segunda), por *El Conde Tchl.*—FOLLETÍN: EL NOVIO DE ELENA, por *Juana Lind.*—MANUAL DE LA DUEÑA DE CASA, por *Emmeline Raymond*.—ECONOMÍA DOMÉSTICA.—VARIEDADES.—CORRESPONDENCIA.—MÚSICA: "AIRES CHINESCOS", por *T. Timmerman*.

## NUESTROS GRABADOS

\*

### EL CASTILLO DE SAN ANGELO

Recientes acuerdos de la Municipalidad de Roma, y proyectos recientes del gobierno italiano, dan mucho carácter de actualidad al monumento que representa el grabado de nuestra primera página.

Con grave disgusto de los excursio-

nistas ingleses y de los amantes de la antigüedad clásica, el Municipio Romano ha emprendido la radical transformación de ciertos barrios de la Ciudad Eterna.

Naturalmente, esta tardía imitación de la obra del baron Haussman en París, ha de traer consigo el desaparecimiento de muchas preciosidades arqueológicas, de más de un monumento histórico de lúgubre recordación. Piensa la Municipalidad de Roma abrir anchos y extensos bulevares, y transformar por completo el barrio transtiberiano. Roma perderá así, en gran parte el atractivo que para los sabios y los artistas tenía, pero la salubridad y la comodidad de la población habrán ganado inmensamente.

El gobierno del Rey Humberto también prepara grandiosos planes sobre la canalización del Tíber, y es más que

probable que el célebre castillo de San Angelo esté condenado á perecer.

Excusado nos parece trazar aquí la historia de esta famosa prisión, tantas veces citada en los anales del Pontificado. Ahí papas ilustres como Julio II y León X encerraban á los conspiradores contra la seguridad del Estado, y más de un artista de inmortal memoria fué á purgar en la siniestra torre su desobedecimiento á las aspiraciones de los jefes del cristianismo, que anhelaban para la Iglesia inusitado esplendor.

### AIRES CHINESCOS

Debemos á la amabilidad exquisita de nuestro corresponsal en Nueva York, el poder ofrecer á nuestras lectoras una primicia musical, *Aires Chinescos* de C. Zimmermann. Confiamos en que nuestros favorecedores sabrán apreciar

este esfuerzo que hacemos para dar á LA FAMILIA todos los atractivos posibles, y nos agradaría saber que los *Aires Chinescos* han obtenido simpática acogida en los salones.

### FOLLETÍN

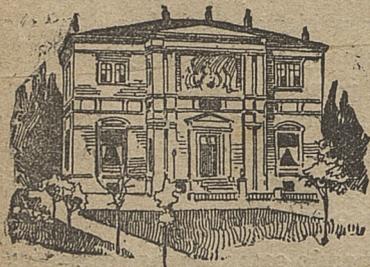
En nuestro número de hoy comenzamos la publicación de una novelita debida á la pluma de una joven escritora de San Bernardo, no desconocida en la república de las letras. Esa obra ha sido compuesta expresamente para las lectoras de LA FAMILIA, y nos alienta la confianza de que los más sinceros aplausos vendrán á estimular los trabajos de nuestra gentil colaboradora.

Acompaña al folletín un grabado en madera, original, que representa á la heroína de la narración.

do Wagner ofreció las dulces sinfonías del "Tannhauser," cuando el público había oído la maravillosa ópera "Lohengrin," y en seguida su pieza dulce y mística, "Tristan é Isolde," cuya música se aparta por completo de toda regla conocida en aquel tiempo; cuando estas grandes óperas fueron presentadas al público, quien estaba ya cansado de la monotonía de la ópera existente, inspiraron una apreciación y entusiasmo que no tienen igual en los anales de la música.

La teoría de Wagner, sobre cuál es la verdadera misión de la ópera, fué el desarrollo de una idea que concibió en su juventud. Sus dos héroes eran Beethoven y Shakespeare, y su primera composición fué una pieza que era una combinación de "King Lear" y "Hamlet," y representaba la fundación de su teoría, la cual dicho brevemente consiste en adaptar la música á los incidentes del drama. El drama no debe ser un auxiliar para la música—un hilo sobre el cual colocar varias arias y duos para solos; según Wagner, la música debe estar completamente de acuerdo con las variaciones de la historia, y todas sus producciones tienen esa particularidad. Por ejemplo, en la ópera "Tannhauser," cuando cae el telón después del primer acto, la música no cesa, sino continúa cambiando gradualmente de manera que, cuando se levanta de nuevo el telón descubriendo la magnífica escena de Wartburg, la música ha cambiado el espíritu, preparándolo para las nuevas escenas.

El rey Ludwig II de Bavaria, quien quería á Wagner como quizá á ningún otro hombre, fué el que le proporcionó el dinero para que



SU QUINTA.

edificara un teatro en el cual se representaran sus producciones. Bayreuth, donde aquel fué construido, es un pueblecito al borde del río Red Main. La primera piedra se colocó en 1872, y en 1876, cuando se completó, tuvieron lugar las primeras festividades. El teatro ocupa la cima de una colina, está fabricado de ladrillo, y su arquitectura es de lo más simple. El interior está completamente sin adornos, lo cual también sigue la idea de Wagner, de que no debe haber cosa alguna en un teatro que pueda distraer la atención fuera de lo que constituye la síntesis del espectáculo mismo, entendiéndose, fuera del desarrollo armónico de la frase musical, el aspecto plástico de la decoración, el movimiento de los personajes, los cambios de efectos de luz y sombra y los demás elementos de maquinaria, en una palabra, en fin, todo



RICARDO WAGNER

lo que pasa en el escenario. Los músicos están en una especie de fosa, y están escondidos de tal manera, que aumenta el efecto de la música, pues ésta parece procede de agentes invisibles. El escenario tiene 100 piés de ancho por 83 de fondo, y además hay otro escenario detrás de éste de 50 piés, que no se usa sino en casos extraordinarios.

Las escenas conque cuenta este teatro son quizás las más suntuosas y completas en el mundo.

Durante esta temporada se producirán las piezas, "Tristán é Isolde," "Die Meistersinger" y "Parsifal," y se han hecho preparaciones extensas para producir las con gran pompa. La lista de los artistas que aparecerán contiene casi todos los vocalistas preminentes.

JULIO GRANDE

## LOS ÁRBOLES FRUTALES

### EL SULFATO DE HIERRO

La Sociedad Nacional de Horticultura de Francia ha recibido últimamente una interesante comunicación de uno de sus miembros, el señor Venteclaye, con motivo de la feliz influencia que puede ejercer el empleo del sulfato de hierro en la producción de los árboles frutales. M. Venteclaye posee en Argenteuil un jardín de terreno bastante malo; este suelo es formado de una capa de riipo sobre la cual ha sido extendida la tierra suelta y calcárea del país; y debajo, á sesenta centímetros, más ó menos, se encuentra el tufo. Los árboles frutales plantados en este jardín no eran productivos, á pesar de abundantes abonos; su rendimiento no pasaba de ser mediocre, y más que esto, después de ocho ó diez años, empezaban á secarse.

Hace algunos años, el propietario tuvo la idea de introducir hierro en la tierra. Al principio ensayó el agua oxidada por medio de hierros viejos echados al agua de riego; pero era menester procurárselos en gran cantidad para acicular la gran cantidad de agua que demandaba el riego de los árboles. Por ese mismo tiempo, usaba el sulfato de hierro para destruir el pulgón lavigero de algunos manzanos, y había podido notar que estos árboles eran mucho más vigorosos que los otros no infectados de pulgones.

Era fácil sacar la consecuencia. M. Venteclaye ha tratado todos sus árboles frutales por medio del sulfato de hierro ó alcaparrosa verde, como se le llama comunemente. Hé aquí el detalle del tratamiento: disuélvase un kilogramo de sulfato de hierro en cuatro litros de agua; un litro de esta solución se mezcla en un balde de agua, y se la diluye más aún en un segundo balde, y así la solución se la emplea para el riego en los meses de marzo y julio. Cuando se trata de plantar un nuevo árbol frutal, se riega la tierra que debe recibirlo con una solución de la misma sal, pero mucho más concentrada.

En efecto, después de seis ó siete años que M. Venteclaye somete sus árboles á este tratamiento, obtiene un resultado muy satisfactorio, y los árboles de que antes desesperaba se mantienen en un estado de vegetación y producción bastante satisfactorio.

## CARTAS JAPONESAS

### CARTA SEGUNDA

Querido hermano:

Pocos días há, recibí la carta en que me anuncias que S. M. nuestro sublime Emperador, se ha dignado conferirte el gran cordón del Mono Verde. Esta nueva me ha causado profunda alegría, nó porque considere que semejante galardón aumente tus merecimientos, sino porque es siempre grato ver como se reconocen y no se olvidan los grandes servicios prestados á la patria.

Sabes que siempre fui enemigo de esas distinciones honoríficas, juguetes de la vanidad, que se llaman placas, cruces ó cordones, y no me canso de admirar la sensatez del pueblo chileno que no necesita para aguzar su inteligencia ó estimular su patriotismo, de la añagaza de una condecoración oficial.

Á este propósito, déjame referirte una anécdota, cogida en los labios de un caballero de este apartado confín.

Cierto ciudadano chileno había enñado la gratitud de un Gobierno extraño, y éste, deseoso de saldar su deuda de una manera digna de su prestigio, ofreció á aquél una cinta, no sé si encarnada ó azul, con el respectivo pergamino para usarla legítima y derechamente.

Negóse el chileno á aceptar el obsequio, observando que había adquirido suficiente honor con haber servido á una nación amiga. Pero el Ministro encargado de hacer el ofrecimiento, no se dió por satisfecho con aquella respuesta, y encontrando al ciudadano chileno en una reunión privada, le preguntó reservadamente cuál era la causa real de su negativa.

— Señor, fué la respuesta, voy á ser franco. Ese signo de honor que V. E. generosamente me depara, lo he visto brillar yo en el pecho de una bailarina, y en el ojal de un fabricante de mostaza. . .

Un hombre de estado vulgar habría recibido esta contestación con enojo; el de mi cuento se limitó á decir con benevolencia exquisita:

— ¡Los chilenos son muy felices!

\* \*

Y si no lo son, caro marqués, te afirmo que no será por falta de medios adecuados. Poseen el clima más hermoso de la tierra, y sus campos de variada especie, producen cuantos frutos sea posible apetecer. Ningún germen disolvente corroe el corazón del pueblo, y sus libres instituciones permiten á cada uno de los ciudadanos sentarse en el lugar que le corresponde, en el banquete de la fraternidad.

Lo que le falta á Chile para ocupar el primer puesto entre las naciones civilizadas, es una administración metódica, un gobierno experimentado y práctico, celoso distribuidor de los recursos del país. Por desgracia, la noción de gobierno es aquí muy diversa de la que nosotros tenemos. En nuestro querido Japón, administrar equivale á distribuir, se entiende, de una manera prudente y equitativa. En Chile parece que administrar significa concentrar. Todas las rentas de esta noble nación fluyen, como por la boca ancha de un embudo, hacia la boca estrecha que es la capital, Santiago.

La metrópoli absorbe de este modo una buena mitad de la masa de las contribuciones, y no aporta á la caja común más de una décima parte del acervo total. Evidentemente, ello no es justo.

El sistema japonés se me presenta, á la luz de un criterio imparcial y sano, con notoria superioridad. Me atrevo á

avanzar tal afirmación en vista de los resultados que con nuestro sistema administrativo se obtienen, y los que consigue Chile con el suyo.

Contempla nuestros caminos, nuestras calles y calzadas, en todas partes, en la ciudad y en el villorrio, en el bosque y en el campo raso. Advierte esa uniformidad de conservación, ese suelo parejo, liso, cuidado, sobre el cual se desliza con facilidad igual, sin tropiezo, sin peligro, los vehículos más débiles y los más toscos y pesados! Y no son por cierto las calles de Tokio más soberbias y agradables que los apartados senderos que conducen á Lang Sing, á Hong Dore y á Kur Lai.

Observa ahora los caminos de Chile, al través de los ojos con que yo los contemplo.

Tomemos la plaza central de Santiago y alejémonos de ella poco á poco. Encontramos primero un piso convenientemente adoquinado, aceras de asfalto gratas al pie. A los pocos hectómetros, el adoquinado y el betún ceden el puesto á una especie de guijarro ovoide, que es insoportable hasta para las herraduras de los caballos. Hacia los suburbios de la ciudad se descansa un poco; mas ¡sabe Dios á qué precio! Ya no hay adoquín, no hay asfalto, no hay empedrado ni terrapén: es el terreno desnudo, entregado á su propia suerte. Medio metro de tierra suelta en verano, otro tanto de lodo en invierno, hé ahí el tipo de los caminos de esta monarquía. Los indígenas no parecen notar tales deficiencias. Se halagan con la esperanza de la complicada red de ferrocarriles que el actual gobierno ejecuta, y olvidan que las vías férreas hecen necesario un sistema perfecto de caminos, sin el cual su utilidad es muy discutible.

La acertada distribución de la riqueza pública haría de este país un Estado modelo, pues hay en sus gobernantes espíritu emprendedor, y anhelos de engrandecimiento. Pruébanlo elocuentemente los trabajos que puede examinar á la ligera en la bahía de Valparaíso, y los que se llevan á efecto para la canalización del río que cruza la metrópoli. No negaré que, encomendadas á la iniciativa individual, esas obras se habrían realizado en mejores condiciones de acierto, de prontitud y de economía para el Erario nacional; y sobre todo, con ánimo más ajustado á la equitativa repartición de los fondos comunes entre todos los pueblos del país. Un estadista, á quien debo la mayor parte de mis informaciones, me decía que la canalización del río que atraviesa la ciudad de Santiago, importaría tres millones y medio de pesos, moneda chilena. Un estudio, siquiera superficial, de la obra, ha producido en mí el convencimiento de que llegará á costar el doble de esa suma.

\* \*

Como en nuestro Japón, en Chile es el Estado patrono de la Iglesia, y en ese carácter sufraga todas las expensas del culto. Sabes que los chilenos profesan la admirable religión de Cristo, que, para felicidad nuestra, empieza también á difundirse y generalizarse en el Japón, mediante el generoso empeño de abnegados apóstoles.

La gente de por acá es muy ortodoxa, y practica con regularidad ejemplar todos los deberes y todas las virtudes cristianas. Chile posee un clero ilustrado y tolerante, merced á cuyo influjo adquiere la juventud una educación excelente y una instrucción sólida.

El Gobierno también posee importantes establecimientos de enseñanza, dotados de buenos profesores, y en este ramo el Fisco invierte crecidas sumas. La instrucción oficial es gratuita, y, por una singularidad que no me explico, sólo el Estado tiene el monopolio de los títulos profesionales. Á pesar de esto, los planteles privados de educación y enseñanza, cuyos servicios pagan los particulares, prosperan de una manera asombrosa, y cada día se fundan otros nuevos.

Semejante situación ha dado origen á una especie de rivalidad entre el Gobierno y el clero, que tiene en sus manos la instrucción privada. Rivalidad tanto más lamentable cuanto que ella tiene por fuente una injusticia.

Mediante la ficción del patronato, que el cuerpo religioso tolera, pero no acepta, el Gobierno ha despojado á la Iglesia de sus privilegios naturales, comprometiéndose á sobrellevar todas las cargas de esa institución primordial. Santo y bueno sería que el Estado cumpliera con tan solemne compromiso, en una forma para todos satisfactoria, mas, por desgracia, el patronato ha degenerado en una especie de tutela tiránica, que los espíritus liberales de este país (y esos son muchos), tratan de sofrenar con energía, reduciéndola á límites justos y convenientes.

Algo se ha conseguido en esa senda y, hoy por hoy, el presupuesto del culto es muy superior al que en épocas anteriores se votaba, sin que ello signifique todavía la realización de las legítimas exigencias del poder espiritual. Es, efectivamente, muy digno de advertencia el hecho de que una sociedad tan católica sea tan pobre en majestuosos templos y soberbias catedrales. En general, los edificios destinados á los sagrados ritos, son deficientes en su número y en su construcción. Los esfuerzos del clero y la cooperación de los fieles, no bastan para satisfacer el subido costo de fábricas dignas de tan excelso fin; y, séame permitido decirte bajo toda reserva, que el Estado me parece mezquino cuando se trata de honrar debidamente al Creador y soberano Dispensador de todos los bienes.

Terminada gloriosamente para Chile la guerra seguida contra la alianza peruano boliviana, el pueblo chileno quiso manifestar su reconocimiento al Dios de las causas justas, erigiendo una iglesia que personificara la gratitud nacional. Si vieras, querido marqués, el monumento consagrado a tan sublime idea, te imaginarías, al punto, que los chilenos son unos ingratos.

En un local nada propio, estrecho y sin horizontes, alza-se una construcción maciza é inelegante, desde hace años atrás inconclusa, deteriorada por el tiempo, carcomida en sus bases por las inmundicias de la calle pública. . . Es el templo de la Gratitud Nacional. Por respeto á la religión y por patriotismo debería el Gobierno traducir fielmente el primitivo pensamiento de la nación.

\* \* \*

Los templos más hermosos, son aquellos que ha levantado la piedad de las comunidades religiosas. La escasez de fondos ha impedido la completa terminación de la iglesia construída por la cofradía dominicana, pero el interior de ese templo es magnífico, es una morada digna de la divinidad.

La hermandad franciscana y la orden de los mercenarios poseen también bellas construcciones, y diversas otras comunidades tienen bonitas capillas, constantemente visitadas por esta devota sociedad.

No te hablo de la Catedral de Santiago, porque poco ó nada tiene de notable como invención arquitectónica. Además, hay un proyecto de reconstrucción que la convertirá, á no dudarlo, en un monumento digno de la cultura y devoción de este pueblo.

Temo, querido marqués, haberte parecido pesado, transmitiéndote las anteriores noticias; pero conozco lo suficiente tu indulgencia para contar con tu absolución del delito de que involuntariamente me he hecho reo. . .

No olvides, en tu próxima respuesta, darme los más prolijos pormenores acerca de Tchen-Ké, y los muchachos. Distribúyelos de parte mía sendos apretones de narices y papirotos.

Tuyo siempre, cariñoso hermano.

CONDE TCHÍ

hubiera vaciado sobre la cabeza de don Pedro todo el repertorio de sus bendiciones. Mas, sus riquezas no constituyen su principal tesoro; la Providencia le deparó también una esposa dotada de todas las virtudes, y una hija, dechado de candidez y de hermosura.

La señora lleva el nombre de Clara, la niña se llama Elena.

Á ésta le dicen Nelly, ó Nel, en la intimidad, porque en la casa de don Pedro privan ciertas costumbres inglesas muy del agrado del nabab sambernardino. Así, el cochero es un inglés de

bios potros de media sangre, regatesaban don Pedro y doña Clara de una visita de inspección, hecha á la propiedad comprada recientemente al otro lado de la línea férrea.

—Tengo una noticia que comunicarte, dijo de repente el primero á su compañera. Nuestro amigo Meléndez, el abogado, fué esta mañana á pedirme la mano de Elenita.

—¡De Nelly, de mi querida Nelly! exclamó doña Clara sorprendida.

—Y yo lo he invitado á pasar el domingo con nosotros en la quinta.

—¡Hija de mi alma!

—¿He procedido mal? . . .

Advierte que los Meléndez Pradilla no se dan en todas partes, observó el caballero, cuyo lado flaco era una profunda veneración por la sangre azul, y cuyo orgullo se fundaba, menos en su opulencia y nunca desmentida buena suerte, que en el hecho de ser él un Pérez del Pedregal, de los Pedregales de Castilla, y su mujer una Puigmedina, de los Puigmedinas de Aragón.

—No, hija, no se tropieza con Meléndez á la vuelta de cualquiera esquina, prosiguió. El joven José carece de fortuna, rara circunstancia que no me explico, pero es hombre de raza, y será millonario el día que se le antoje. Además tiene talento, y. . . me gusta.

—Ahora que pienso en ello, me imagino que también agrada á nuestra Nelly.

—Eso demuestra su cordura. No hay nada superior al abolengo, querida. A un mozo sin extirpe no se le habría ocurrido dirigirse en primer lugar á mí, al padre. Siempre me ha acongojado el temor de que la muchacha fuese á fijarse en un. . . cualquiera; ¡es tan romántica! Pero la diligencia de José me tranquiliza. Les daré mucho dinero, muchísimo dinero. . . y serán felices.

—El señor Meléndez es un caballero muy cumplido, replicó la madre; pero no me resuelvo á separarme de mi Nelly.

—Vivirán con nosotros: la casa es bastante grande. A él lo interesaré en mis negocios. . .

Un grito de doña Clara interrumpió en este punto la frase de don Pedro.

El carruaje acababa de atropellar á una pobre mujer vieja que seguía, en dirección contraria, el mismo camino. Estaban cerca de la vía del ferrocarril, y el ruido de un tren había espantado á los caballos.

Por fortuna, consiguió el cochero detener el landau, y doña Clara, alma caritativa, se apeó para prestar auxilio á la anciana.

Salvo pequeñas contusiones, ésta no había recibido herida alguna. Pero el susto le hizo perder el ánimo, y sólo al cabo de algunos instantes pudo volver en sí.

Doña Clara le dirigió entonces la palabra.

—¿Está usted enferma? le preguntó con interés.

—No, señora; pero sí muy rendida y maltratada.

—¿Quiere que la conduzcamos á su domicilio?

—Yo no tengo domicilio. . .

—¿Y á dónde va usted, entonces?

—Á Santiago, á buscar ocupación. Sé hacer algunas cosas, puede ser que encuentre una familia que necesite de mis servicios. Lo peor es que tenía unos diez pesos envueltos en la punta de un pañuelo, y los he perdido.

—¿De dónde viene usted?

—Soy de Concepción, señorita, y allá me crié. Pero hace dieciocho ó más



En seguida recorrió el huerto, la viña y la pradera

FOLLETÍN

EL NOVIO DE ELENA

POR

Juana Lind

I

Don Pedro Pérez del Pedregal es un señor magnífico. Es dueño de la mitad de San Bernardo. Si á algún forastero se le ocurriera preguntar ahí: «¿De quién es esa hermosa quinta, ese vasto viñedo, esa casa de esmerado estilo?» le responderían invariablemente:

—¡De don Pedro Pérez del Pedregal!

Y si el mismo forastero ampliase su interrogación hasta saber qué personaje es ese, le dirían, tal vez con sorna:

—¿Viene usted de la luna?

Porque don Pedro Pérez del Pedregal es más conocido que la alfombra, y perdónese la comparación.

Immensamente rico, y muy considerado y respetado, parece que el cielo

Doñihue, y el mayordomo un londinense de Pichidán.

La linda Nel tiene pretendientes por docenas, pero el único que ha hecho palpar su inocente corazoncito es el joven abogado José Meléndez Pradilla, persona de muchos méritos, á quien conoció una noche de Municipal entre dos actos de la *Africana*.

Desde entonces Nelly no duerme; pasa sus vigiliás cavilando sobre las probabilidades más ó menos propicias á la realización de sus deseos.

Los deseos de los quince años de Nelly son que el joven Meléndez la pida á sus padres y se case con ella.

Estas cavilaciones le ocasionan mucho malestar y no poca pesadumbre. Don Pedro Pérez del Pedregal tiene ciertas ideas. . .

Pero, no anticipemos; allá las irán conociendo poco á poco mis bonitas y benévolas lectoras.

II

En un landau tirado por dos sober-